

estaban desde poco antes bajo la soberanía del Urastu. Shárduris III, hijo y sucesor de Argishtis, consideraba á la Siria del Norte como un anexo natural de su imperio, de modo que cualquier acción de Asiria por aquella parte había de implicar guerra con el Urastu. En cuanto Tiglatfalasar pasó el Eufrates y sitió á Arpad, acudió Shardusis á amenazar su retaguardia. Los asirios tuvieron que dejar sus líneas para combatirle y lo rechazaron, pero no acabó con esto la lucha. El rey de Hamat y otros varios se unieron sucesivamente á la coalición sin poder evitar su ruina. Arpad cayó á los tres años de sitio (742-740); Hamat abrió sus puertas al poco tiempo, y parte de sus habitantes salió



Estatua de una dama caldea.

desterrada á Ulluba y Birtu, recién saqueadas por el rey. Aquel ejemplo decidió á los refractarios y entre diez y ocho reyes, que reconocieron

la autoridad de Tiglatfalasar, figuraron Menakhem de Samaria y Rezón de Damasco. Tiempo hacía que los pueblos de Mesopotamia conservaban relaciones seguidas con Media. Del Asia Central se llevaban á Ninive oro, plata, hierro, cobre, telas, pedrerías, cornalina, ágata, elefantes, rinocerontes y camellos de dos jorobas. Habían querido casi todos los reyes ninivitas poseer el distrito de Namri, punto de enlace de los tres caminos utilizados para el transporte, pero tropezaron con tribus guerreras análogas en costumbres y audacia á los kurdos actuales, súbditos nominales nada más de sus soberanos turcos ó persas. Hacia el Sur, en los confines de Elam

y Susiana, dominaba todavía el elemento arameo y en segunda línea se desplegaban de NO. á SE. los pueblos de Ellibi. Los valles profundos y llenos de árboles que abren los afluentes del Tigris y el Ulai, les ofrecían guaridas inaccesibles para los carros y los soldados pesadamente armados de Asiria. A las veces se lograba vencerlos, pero nunca esclavizarlos. Al Norte de estos bárbaros, el Namri, y al Noroeste, el Parsoua, completaban la barrera viva que separaba á Ninive de la meseta central. Muchos reyes habían abierto brecha en ella, y Adadnirari IV la había forzado. La primera vez que la asaltó Tiglatfalasar III, concentró su primer esfuerzo en el Umliyah y en las comarcas del Sudeste. El triunfo fué rápido y completo. Mientras el rey devastaba sistemáticamente el país, su teniente Asurdaninani ejecutaba una fructuosa incursión en Media, sacando de ella gran botín. Terminada la campaña, ocuparon sólidamente los asirios los puntos más próximos á su territorio, y Tiglatfalasar reorganizó las ciudades, mandando á gobernarlas oficiales suyos. Disturbios provocados al año siguiente fueron pronto sofocados y el ejército volvió á Ninive cargado de botín. La anexión y colonización de algunos territorios, y la sumisión de otros á un tributo pagado más ó menos exactamente, fueron los únicos resultados de ambas campañas. La Media, propiamente dicha, no perdió más que hombres y ganado.

Este intermedio brillante, pero sin consecuencias duraderas, fué prólogo de nuevas campañas al Sur y al Oeste. Hasta entonces había habido pocas relaciones entre Judea y Asiria. Después de ser derrotado por Joas, Amaziah había empleado el resto de su vida en reparar sus desastres. Su hijo Azariah ó Oziah terminó la conquista de Edom y recuperó en el Mar Rojo el puerto de Elath, perdido por Josafat, pero enfermo de lepra en lo mejor de su vida, asoció al trono á su hijo Jotam. Gracias á la energía de ambos príncipes, Judá recobró su prosperidad y riqueza, mientras se extinguía la última esperanza de Israel con Jerobam II. La energía feroz de Menakhem no pudo protegerle contra los asirios y tuvo que pagar con tesoros la retirada de éstos. Su hijo Pekahiah, que le sucedió, fué asesinado al año siguiente por su general Pekakh, que ganó con

esto una corona amenazada por todas partes. Damasco no había conservado mucho tiempo sus guarniciones israelitas. Después de su rey Benhadad IV, del cual nada se sabe, se ciñó la corona Rezón II, y bajo su dirección salió, al fin, Celesiria, del marasmo en que estaba hacia medio siglo. Mientras no se creyó sólidamente entronizado, se inclinó ante la superioridad de Tiglatfalasar, pero al Sur, en los países que sus antepasados dominaron, dió libre curso á su ambición. Pekakh, demasiado débil para resistirle, y demasiado pobre para comprar con dinero su retirada, se declaró vasallo suyo, y ambos unieron sus armas contra Judá. Achaz, joven de veinte años, acababa de suceder á Jotham. Le derrotaron en dos combates, asolaron su territorio y llenaron de prisioneros judíos los mercados de Siria. En seguida se rebelaron los edomitas, y los filisteos se arrojaron sobre las ciudades del Mediodía y del Oeste. En una excursión al Sur, Rezón llegó á orillas del Mar Rojo y tomó á Elath. Como, á pesar de todo, se resistía Achaz, ambos aliados decidieron destronarle y substituirlo con una de sus hechuras, hijo de Tabeel, con cuya fidelidad contaban. En este apuro el rey judío se vendió al único príncipe bastante fuerte para sacarle del peligro y bastante ambicioso para aprovechar un pretexto de entrar en Palestina. Recogió las reservas del templo y envió un embajador á Asiria para que las depositase á los pies de Tiglatfalasar.

Acudió Tiglatfalasar y viendo cuánto había aumentado el poderío de Rezón durante su ausencia, no le atacó de frente, sino que empezó por agredir á Israel. Pekakh comprendió que no podía luchar, y se encerró en Samaria, abandonando el resto de su reino. Las tribus del Norte y del Este, ya medio arruinadas durante las guerras con Damasco, recibieron el último golpe. Tiglatfalasar tomó muchas de ellas y el país de Naftali llevando á Asiria á sus habitantes. No se quedó Israel más que con el territorio de Efraim y algunos distritos vecinos. Esto llenó de espanto á Palestina y aceleró las sumisiones. Hannón, rey de Gaza, que, como enemigo de Achaz, se creyó más amenazado, huyó á Musri, en el desierto de Idumea. Los filisteos se declararon tributarios de Asiria. Por temor ó por verdadera debilidad Rezón había dejado aniquilar á su aliado, pero cuando el enemigo le atacó á él, batalló durante dos

años (733-732) hasta que se le acabaron las fuerzas, sucumbió su capital, y el fué muerto. El vencedor se llevó 8.000 habitantes á Kir, en Armenia, y redujo Damasco á la condición de provincia asiria. Antes de marcharse, convocó á sus vasallos y acudieron á saludarle veinticinco reyes en la ciudad sometida. Achaz fué uno de ellos y ofreció ricos presentes á su protector y libertador.

Los reyes que existieron en Damasco después de los tiempos de Salomón, fueron los siguientes: Rezón I, Krezión (?), Tabrimón, Benhadad I, Adadezer Benhadad II, Khazael, Benhadad III, Mariah, Benhadad IV y Rezón II.

Parecía que á los asirios no les quedaba ya más que entrar en Egipto para completar su dominio sobre el mundo antiguo, pero la Caldeas les hizo retroceder desde las orillas del Mediterráneo hasta las del Eufrates. Habían pasado trece años desde que Ninive impuso su soberanía á Babilonia. Nabunazir había sido substituído en 734 por su hijo Nabunadinzir, y éste fué asesinado á los dos años por un oficial que se proclamó rey con el nombre de Nabushumukin. Los arameos tomaron pretexto de esta usurpación para intervenir en los negocios. Ukinzir, príncipe de Bit Amukkani, destronó á Nabushumukin á los dos meses y se proclamó rey en lugar suyo. Tiglatfalasar intervino á su vez y se presentó delante de Shapia, ciudadela de Bit Amukkani, pero la terquedad de los habitantes pudo más que sus



Ea, dios-pescado de los caldeos.

ataques, y le obligó á levantar el sitio. Más suerte tuvo el año 729, y caído Amukkani, pidieron gracia los demás príncipes, incluso Mardukabaliddina (Merodachbaladán), rey de Bit-Iakin. En 728 se proclamó Tiglatfalasar, rey de Babilonia. No anexiónó la Mesopotamia á Asiria, pero la unión de ambos imperios se basó en su personalidad. Los babilonios, para inscribirle en sus anales, le dieron el nombre de Pulu (el Foul de la Biblia). No disfrutó mucho tiempo de su doble corona; pues murió en Kalakh (727), después de diez y ocho años de uno de los reinados más gloriosos y más completos conocidos por la historia.

Estalló en seguida la rebelión en las provincias situadas allende el Eufrates, en Fenicia y en Israel. Pekakh

había sido asesinado el año 729 por Hoshea, general de su ejército, y éste no obtuvo de Asiria la investidura más que á condición de pagar diez talentos de oro y mil de plata. Pero en cuanto supo la muerte de Tiglatfalasar, dejó de pagarlos, contando con los disturbios que acompañan generalmente á un cambio de reinado, en lo cual se equivocó. El hijo de Tiglatfalasar subió pacíficamente al trono, con el nombre de Salmanasar IV en Asiria y de Ululai (Elulaios) en Babilonia. Ya había gobernado en Siria viviendo su padre, y la conocía bien. Acudió apresuradamente y le facilitó la victoria una insurrección de los kitienses contra Tiro. Fenicia se sometió, y abandonado Israel á sus propias fuerzas, no pudo resistir. Hoshea se resignó á sujetarse de nuevo, y su rápida humillación conjuró por algún tiempo el peligro.

Pero esto fué de larga duración. No era Hoshea peor ni más despreciable que la mayor parte de sus antecesores; quizás valiera más que muchos de ellos, puesto que la tradición judía, al abarcarle en la censura general que les dirige, afirma que no desagradó tanto á Jehovah como sus antecesores. Pero su reino no se sostenía ya. Los países más allá del Jordán, el territorio de las tribus del Norte y Galilea se habían perdido. Se aproximaba el día en que no

sería ya posible la salvación de Efraim. Todos lo sabían y lo proclamaban, y se preparaban á la catástrofe. Los profetas veían en esto los designios de Dios, y en Judá é Israel vaticinaban males sin cuento. Hoshea luchó todo lo que pudo, á pesar de siniestros consejos y predicciones de los profetas. Babilonia y Elam, perpetuos enemigos de su enemigo, estaban muy lejos para poder esperar su apoyo. Judá, los filisteos, Tiro y Fenicia, eran harto débiles para comprometerse en empresas arriesgadas. Faltábanle á un tiempo á Israel todas sus antiguas alianzas y buscó otras nuevas.

La expedición de Sheshouk I á Palestina no fué más que un intermedio glorioso en la historia de la dinastía XXII egipcia, pero sin consecuencias duraderas. Le ocurrió entonces á Egipto lo que suele acontecer á los pueblos envejecidos; el advenimiento de un príncipe valiente y emprendedor parece rejuvenecerlos, devolviéndoles exteriormente su vigor primitivo. Las tropas del Faraón (aun las de entonces), bien dirigidas y lanzadas resueltamente contra los grupos hebreos desordenados, tenían que vencerlos forzosamente. Jerusalén se dobló al choque, y fueron presa del invasor las ciudades de Judea. Pero no había medio de que esta conquista se mantuviese en cuanto heredara el poder un soberano mediano, y bien se vió en los siglos siguientes. Los sucesores de Sheshouk no supieron sacar tanto partido como él de los recursos que tenían á su disposición. Abandonaron sus conquistas y no se cuidaron de



Sepulcro babilónico antiguo de barro. (Ur.)

lo que ocurría en el exterior. Encerrados en sus límites naturales, vivieron en paz con todos sus vecinos (por lo menos con aquellos que la deseaban), y emplearon los años tran-

quilos en obras de utilidad pública, edificando en Bubaste, Tanis y Memfis. La población faltaba casi por completo en algunos lugares, pero era bastante densa alrededor de los templos para formar pueblos y aldeas. Los Faraones, que por su origen y las necesidades políticas vivían junto al Delta, no se curaban de remediar el progreso de esta ruina. Tebas había sido la capital del mundo cuando el mundo era egipcio. Bastante grande para centro de un imperio, era demasiado vasta para un simple reino y no podía subsistir. Por mucho que se cuidara de restaurar sus monumentos y levantar edificios nuevos, no se la devolvía la vida. Fué poco á poco más que una ciudad, una especie de museo, en el cual sobrevivía el Egipto de las dinastías gloriosas.

Osorkou I, Takeoti I, Osorkou II y Sheshouk II, todos bubastistas, reinaban hacia cien años. Nada había cambiado, al parecer, en el estado general del país, y sin embargo, acciones y reacciones, cuya naturaleza hemos logrado adivinar, la habían empujado por la pendiente que le llevaba á la ruina. Para evitar usurpaciones como la de los grandes sacerdotes de Amón, Sheshouk I, y sus descendientes no otorgaban cargos importantes más que á los miembros de la real familia. El mayor de los hijos del monarca reinante solía ser gran sacerdote de Amón y gobernador de Tebas, otro, administrador de Khumunu, otro de Khninsu, etcétera. Cada uno mandaba batallones de aque-

en-beneficio de las personas de la familia real. El Faraón siguió residiendo en Memfis ó en Bubaste, cobrando el impuesto, dirigiendo á soldados y á escribas, presidiendo las grandes ceremonias del culto, como el nombramiento ó inhumación de un Apis, pero Egipto se dividió en varios principados. Pronto se envalentonaron los príncipes, hasta rechazar la soberanía del Faraón, y apoyados en tropas libias, no sólo usurparon las funciones de la realeza, sino sus títulos é insignias, mientras la dinastía legítima ejercía una autoridad sólo aparente. Empezó esta descomposición poco después de morir Seshouk I, pero sus indicios ciertos se ven en tiempo de Takeoti II. Osorkou, hijo mayor de este Faraón, primer profeta de Amón, gobernador de Tebas, tuvo que sostener guerras perpetuas para mantener la integridad del Estado. Aumentaron en gravedad los disturbios en tiempos de Sheshouk III, Pimi y Sheshouk IV. Cuando murió éste, á los treinta y siete años de reinado, tenían tan poco prestigio los bubastistas que perdieron el cetro, el cual pasó á otra familia oriunda de Tanis. Esta tuvo un momento de esplendor. Su fundador Petsibastit fué á Tebas é impuso á sus contemporáneos una soberanía precaria, sostenida bien ó mal por Osorkou III y Psimut durante unos cincuenta años. Con ellos se encontró Egipto fraccionado entre unos veinte príncipes, cuatro de los cuales, por lo menos, usaban todo el aparato de la realeza.

Entre estos reyezuelos turbulentos y saqueadores surgió una raza que por su energía, política y el mérito de sus hombres se elevó sobre sus rivales. No faltaban individuos hábiles ni ambiciosos en Tanis, Khninsu y Bubastis, pero nadie representó papel tan preponderante como Sais y sus príncipes. Levantiscos, activos y batalladores, los saítas no tenían más que un objetivo: desposeer á los señores locales y fundar sobre los restos de las dinastías parciales una dinastía nueva, cuya



Sepulcro babilónico. (Abierto.)

supremacía alcanzara á todo Egipto. La historia de aquel tiempo es la de las tentativas que hicieron para conseguir estos fines, y de los fracasos que estorbaron su ambición. Los demás

los mercenarios libios que constituían la fuerza del ejército y que eran fieles al monarca. Algunos mandos llegaron á ser hereditarios, y el antiguo feudalismo de los nomos se reconstituyó

príncipes, coaligados siempre contra ellos y siempre vencidos, llamaron en su auxilio al extranjero, prefiriendo su interés al de la patria. De esto procedieron las invasiones etiópicas. La dinastía khusita detuvo un momento el adelanto de los saítas sin vencerlos ni desalentarlos. El fracaso de Tafnakhti no sirvió de lección á Boccoris, ni el desastre de Boccoris hizo vacilar á sus sucesores. La intervención asiria fué para ellos un medio de gastar el poder etiópico. Humillados los etiopes, apurados en Asia los asirios, Psamético recobró sus ventajas. En pocos años gobernó el valle entero y proclamó el advenimiento de la dinastía XXVI que había de dar días gloriosos y prósperos á Egipto.

Tafnakhti es el primer saíta que conocemos por los monumentos, y era de origen oscuro, jefe y dueño del pueblo de Nutir cerca de Canope. Algunas expediciones afortunadas contra sus colegas más cercanos le animaron para mayores empresas. Hacía un siglo que el territorio estaba lleno de ciudadelas, situadas junto á los montecillos que hay á orillas del Nilo, en las islas de éste, ó cerca de los canales de navegación. Encastillados en sus fortalezas y ciudades y apoyados en sus mercenarios, oponían estos principillos tenaz resistencia al invasor. Tafnakhti triunfó, no obstante, de ellos. Se apoderó de los nomos situados á Occidente del brazo principal del río y respetando las regiones del Oriente del Delta, donde seguían reinando los tanitas, subió el curso del Nilo. Mitum, Fayum, Khninsu y Khumunu lo recibieron por soberano. Pasó á la orilla derecha y recibió el homenaje de Onu y Pnibtepahe. Acababa de conquistar el nomo de Vobu cuando los jefes no sometidos del Delta y Alto Egipto, se dirigieron al único poder capaz de hacerle frente; á Etiopía.

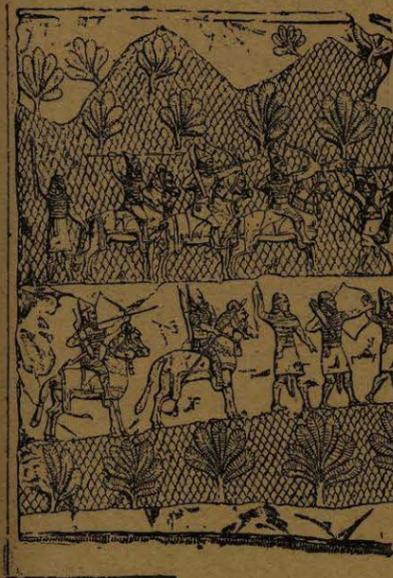
Los descendientes de los reyes-sacerdotes de Amonra, desterrados á Nubia por los Faraones de la dinastía XXII habían fundado, con las provincias colonizadas dos mil años antes por los Usirtasen, un reino independiente cuya capital era Napata. Batida al pie de la Montaña Santa ésta se convirtió en una especie de Tebas etiope, semejante en lo posible á la Tebas egipcia. Amonrá, rey de los dioses, era venerado con Maut y Khonsu, y las ceremonias eran del culto tebano. Los reyes eran los jefes de un estado sacerdotal cuyos límites variaron según las épocas, pero

que solía extenderse desde las montañas de Abisinia hasta la primera catarata. Desde Siena hasta la confluencia del Tacazzé, el fondo de la población constaba de colonos de extracción egipcia. En las llanuras del Alto Nilo había naciones de razas diferentes: unas eran negras; otras, emparentadas con los himaritas y procedentes de Arabia, hablaban idioma semítico; otras se parecían en tipo y lenguaje á los egipcios y berberiscos. Durante los primeros años, predominó el elemento egipcio y dirigió la política general. Como los reyes-sacerdotes de Napata no podían olvidar á Tebas, ansiaban recobrar á esta ciudad y su territorio, lo cual lograron á mediados de la dinastía XXIII, llevando sus avanzadas hasta cerca de Abidos.

Pionkhi Miamoun, que fué el que recibió la invitación de los barones egipcios, reinaba hacia veinte años en Etiopía cuando se le propuso la conquista de Egipto. Parecía bien de muy antiguo la idea de mandar en todo el valle del Nilo y dió á las tropas de la Tebaida órdenes para marchar sin pérdida de tiempos, mientras él reunía sus fuerzas en Napata y se preparaba á emprender la campaña. Empezó bien la guerra. Su escuadra encontró al Norte de Abidos á la escuadra de Tafnakhti que iba cargada de soldados y municiones á Tebas, y la derrotó, y destruyó en parte. Otra escuadra ocupada por los contingentes de tres reyes vasallos de Tafnakhti fué vencida en un combate de tres días y los etiopes llegaron al monte Unu. La lentitud de sus movimientos permitió al rey Namaroti correr á Khmunu y atrincherarse en esta ciudad. Parte de las tropas invasoras se quedó en observación delante de la plaza, mientras el resto proseguía la marcha al Norte. Namaroti, cercado por todas partes, no podía esperar socorro de sus aliados ó de su soberano, pero se obstinó en su resistencia y Pionkhi, con numerosos refuerzos, tuvo que ir á auxiliar á los sitiados. Convirtió el bloqueo de Khmunu en un sitio regular y durante tres días, fué asaltada la plaza por todas partes. No pudo resistirse al fin, y su jefe pidió cuartel por mediación de su esposa la reina Nsitentusi y las mujeres del harem.

Pionkhi se lo concedió, entró en la ciudad entre aclamaciones y tomó solemnemente posesión del botín en nombre del Amón teba-

no. La caída de Khmunu produjo la rendición de todo el Egipto Medio. Khninsu abrió sus puertas, lo mismo que Pisokhnunkhopirri,



Guerreros asirios combatiendo.

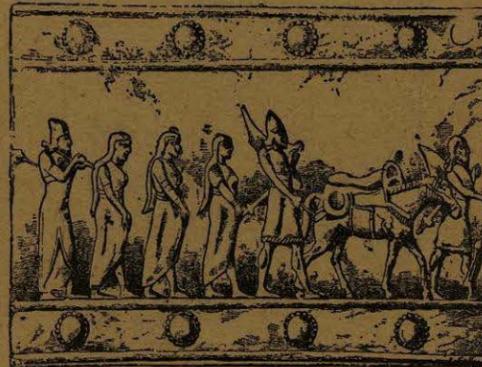
que dominaba la entrada del Fayum. Otras siguieron su ejemplo y Pionkhi llegó á Memfis casi sin batallar.

En cuanto se presentó ante sus muros envió un mensaje á los memfitas invitándoles á abrirle las puertas, y ofreciéndoles no hacerles daño alguno, pues sólo se proponía saludar á Sohu y demás dioses de la ciudad. Al mismo tiempo mandó á un destacamento de arqueros, marineros é ingenieros para apoderarse del puerto. La guarnición rechazó enérgicamente á estas tropas, y á favor de la obscuridad de la noche entró Tahnakhti en la plaza, con ocho mil soldados, fortificó los puntos débiles y volvió á marchar al Norte para reclutar tropas de refresco. Pero la flota etiope, burlando la vigilancia de los sitiados entró en el puerto y capturó los buques saítas, mientras una división se deslizaba á lo largo del río y entraba en la ciudad por los malecones. A los dos días de batalla en las calles, se rindió la guarnición, se apoderó Pionkhi de las fortalezas vecinas y se detuvo un momento en Heliópolis para celebrar el sacrificio real. Osorkou de Bubaste le reconoció en seguida como soberano legítimo y un movimiento de los etiopes decidió á hacer lo mismo á los demás príncipes del Delta. Abandonado Tafnakhti por sus vasallos, solicitó la paz, y se la concedió Pion-

khi sin condiciones. Después volvió á Napata cargado de gloria y de botín.

Por primera vez, desde hacía doscientos años, quedaba reconstituido el imperio faraónico desde las fuentes del Nilo Azul hasta la desembocadura del río, pero no en beneficio de Egipto. La Etiopía, antes vasalla, quedaba como dominadora. Napata era reina en vez de Tebas y Memfis. No se sabe cuánto duró esto. La victoria de los etiopes no había destruido los gérmenes de discordia que fermentaban en el país. Los reyezuelos, al pedir auxilio al extranjero, no se habían entregado sin reserva. Querían conservar su independencia, y en efecto, la conservaron bajo apariencias de vasallaje. Tafnakhti había sido vencido, pero no reducido á la impotencia. Con su derrota había ganado el reconocimiento de su poder. Ya no era un aventurero afortunado, un jefe militar sin más títulos que sus proezas, ni más derecho que el de la fuerza. Al hacer paces con él, le había otorgado Pionkhi la investidura oficial para sí y su familia. Tomó todas las insignias de la soberanía y reinó en Sais tan legítimamente como Osorkou III en Bubaste, Namaroti en Khmunu, Pefaabastit en Khninsou y los demás príncipes en otras ciudades. Etiopía estaba lejos, la dinastía tanita carecía de fuerza y prestigio. Pronto volvió Tafnakhti al palenque.

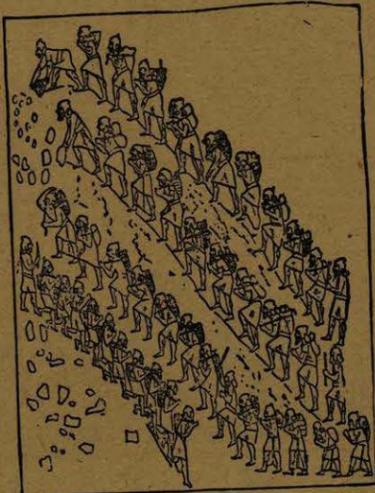
Los sucesos favorecieron su ambición. Murió Pionkhi poco después de volver de Egipto y le sucedió un tal Kashto, cuyo nombre parece extraño al linaje de los sacerdotes de Amón. Kashto era rey por su casamiento con



Convoy de mujeres prisioneras. (Bajo relieve asirio.)
(Museo Británico.)

una princesa de familia tebana, tal vez hija de Pionkhi. Su autoridad se limitó al Alto Egipto, y Tafnakhti, soberano real del Delta,

fué para los extranjeros el verdadero representante del poderío egipcio. A él se debió dirigir Hoshea cuando se vió obligado á la batalla suprema, y tal vez hubiera intervenido, en favor suyo, pero no tuvo tiempo de cometer esta imprudencia. Por secretas que fueran las negociaciones, se enteraron de algo los asirios, y Salmanasar mandó llamar á Hoshea. Desconcertado el jefe hebreo por el mensaje, obedeció á su soberano, y si esperaba justificar su conducta, sufrió una tremenda decepción. Fué metido en un calabozo en cuanto llegó, y no se supo más de él. Al mismo tiempo, el ejército asirio invadió á Israel y sitió á Samaria por última vez. La aristocracia efraimita, privada de su jefe, no desesperó. Faraón no quiso intervenir en favor de aliados cuya causa le parecía cosa perdida, pero otros los ayudaron. Tiro había triunfado de los kitienses, y su rey Luliya podía moverse libremente contra los asirios. Salmanasar dejó un cuerpo de ejército delante de Samaria y llevó á Fenicia el grueso de sus tropas. El dominio terrestre de los tirios cayó pronto en su poder, pero la capital, protegida por el mar, desafiaba todos sus esfuerzos. Reunió en los arsenales de Sidón, Gebel y Arad, sesenta navios, en los cuales embarcó tropas asirias, para intentar un desembarco en la isla. Esta escuadra fué destruida por otra de doce buques tirios, y quinientos asirios quedaron en poder del enemigo. Salmanasar re-



Cautivos construyendo un terraplén-plataforma en Asiria.

nunció al ataque directo y convirtió la guerra en una especie de bloqueo continental, esperando que la falta de agua obligaría á rendirse

á Luliya. Gastó en esto las fuerzas de su reino y el resto de su vida. El bloqueo de Tiro y el de Samaria duraban hacia dos años cuando



Luena de un caldeo con un león.

murió de una manera misteriosa sin dejar hijos. Sharukín, llamado también Sargón, uno de sus oficiales principales, le sucedió en el mando del ejército, y en la administración del imperio (722).

No se sabe qué derechos alegaba Sargón á la corona. Quizá tuviera parentesco lejano con la familia que acababa de extinguirse; tal vez no tuviera más título que su valor personal y el esplendor de los servicios prestados en los reinados precedentes. Heredero de Salmanasar en Nínive, esperaba serlo también en Babilonia, pero Mesopotamia no quiso obedecerle sin tratar antes de reconquistar su libertad. Al destruir á Bit-Aumkkani, Tiglatfalasar había hecho un favor sin saberlo al otro Estado arameo de Bit-Iakin. En cuanto el rey de Bit-Iakin, Merodchabladan, supo la muerte de Salmanasar, corrió á Babilonia (722) y reclamó el apoyo del Elam. Khumbanigash, que reinaba entonces en Susa, acogió su petición con benevolencia, inquietado por los progresos de Asiria. Sargón se vió, pues, desde luego, obligado en los primeros momentos de su reinado á atender á la vez á dos resistencias en Susiana y en Siria. Siria estaba lejos de Nínive y una derrota á orillas del Mediterráneo no comprometía la resistencia de iuperio. Acudió, pues, á lo más urgente, que era Susa, pero tuvo que luchar con un enemigo poderoso. Si no fué derrotado en Kalu, encontró á lo menos bastante resistencia y tuvo que volver á Asiria sin ganar nada. Merodachbaladán siguió dominando en Babilonia bajo la semisoberanía de Khumbanigash, y las fronteras de Asiria en esta parte quedaron como diez años antes, antes de que Tiglatfalasar destronara á Ukinsir (722). Este fracaso no quedó compensado por la toma de Samaria

que ocurrió poco después. El general sitiador de ésta activó más los ataques al saber los cambios ocurridos en la capital. La plaza se rindió después de dos años y fué saqueada. La población cautiva fué llevada á Kalakh y á otras poblaciones, y substituída por caldeos hechos prisioneros en Kalú y luego por colonos procedentes de Hamat. Se instaló un gobernador asirio en el templo de Israel y se alzaron templos de dioses donde antes había altares de Jehovah. Parte del pueblo campesino no pudo tolerar la dominación extranjera y se expatrió: unos fueron á Judea y otros á Egipto.

Así cayó Samaria y con ella el reino de Israel, y con Israel, el último obstáculo que separaba á Egipto de Asiria. El avance empezado por Assurnazirabal había llegado á su término, y como antes junto al Eufrates y el Tigris, ambas potencias rivales se encontraban frente á frente en la frontera de Africa y Asia, dispuestas á pelear otra vez por el imperio del mundo.

Los reyes de la segunda dinastía asiria habían sido los siguientes:

- I. Irbaadad.
- II. Ashshurdinaké.
- III. Ashshurdán II.
- IV. Adadnirari III.
- V. Tugultinip II.
- VI. Asurnazirabal.
- VII. Shalmanushshur II.
- VIII. Shamshiadad IV.
- IX. Adadnirari IV.

- X. Shalmanushur III.
- XI. Ashshurdán III.
- XII. Ashshurnirari II.
- XIII. Tugultipalesharra II.
- XIV. Shalmanushshur IV.

Gobernaron el reino de Israel, los caudillos que á continuación se expresan:

- I. Jeroboam I.
- II. Nadar.

CASA DE BAESHA

- III. Baesha.
- IV. Elah.
- V. Zimri.

CASA DE OMRI

- VI. Omri.
- VIII. Akhaziah.
- VII. Akhab.
- IX. Joram.

CASA DE JEHÚ

- X. Jehú.
- XII. Joash.
- XI. Joakhoz.
- XIII. Jeroboam II.

VARIOS

- XIV. Zakariah.
- XV. Shallum.
- XVI. Menakhem.
- XVII. Pekakhiah.
- XVIII. Pekakh.
- XIX. Hoshea.